



V

### Cooperación social y patriotismo

**E**L rigor en el juicio, la objetiva escrupulosidad en la estimación de los que verdaderamente respondían á su doctrina y á su ejemplo, iban unidos en Giner con un sentido muy amplio de los valores en la cooperación social; y ese sentido le llevaba á una benevolencia tan distante del sentimentalismo, como de una ramplona admisión de todo lo que sale al paso, á la manera cuantitativa de los partidos políticos.

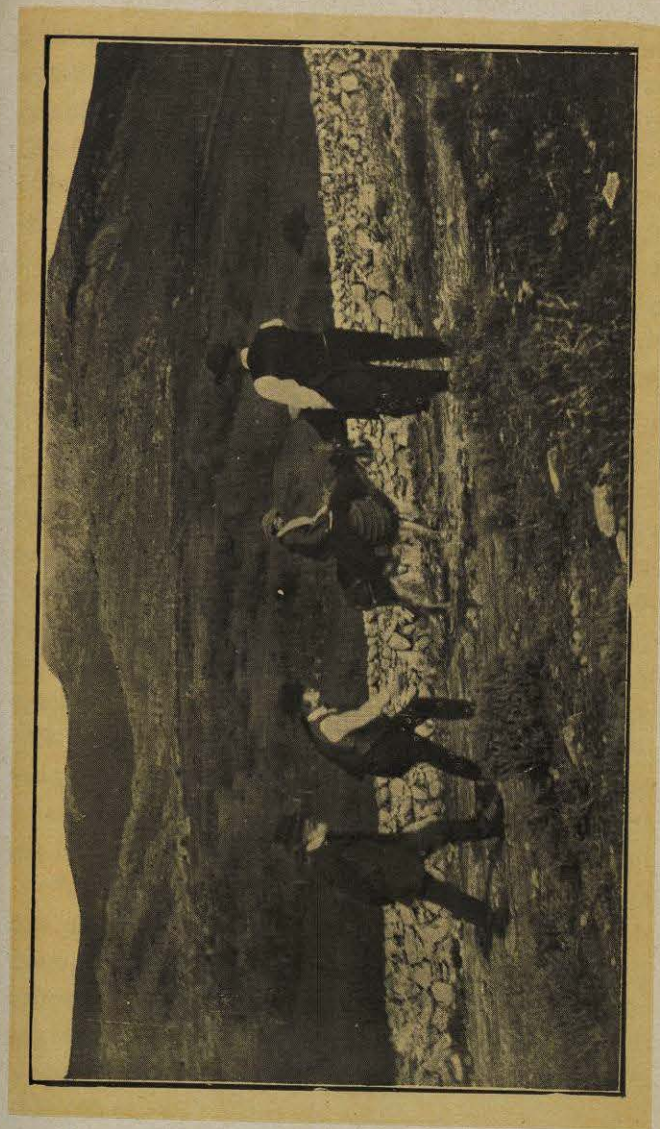
Como Giner no era un místico, un contemplativo, sino un hombre orientado plenamente hacia la acción, estuvo siempre lejos de exclusivismos y cerramientos aristocráticos, reservados á unos

cuantos elegidos con desprecio de todos los que no llenan el máximo de las condiciones requeridas. Esas selecciones están bien en los cenáculos que buscan la perfección moral del individuo apartado del mundo, pero no en la obra educativa que tiende á producir, especialmente, una acción social, y que necesita del aprovechamiento de todo lo útil, aunque sea muy pequeño. Sin duda, Giner tenía sus elegidos, y lógico es que cierta parte delicada, fina, de su labor pedagógica, procurase hacerla sólo con los que consideraba plenamente aptos para ella, así como que tuviese únicamente por «discípulos» á quienes lograban una íntima penetración con su modo de pensar y de conducirse en las cuestiones primordiales de la vida; pero no despreciaba por esto á los que, menos allegados en tal sentido, peor dotados en cuanto á facultades, ó inferiormente preparados para la acción útil, ofrecían no obstante algo sano que aprovechar. Cuando llegaba un caso así—y eran muy frecuentes—, Giner tenía la suprema delicadeza de hacer resaltar á los ojos del utilizado la parte buena que podía alentarle, siguiendo en esto un proceder contrario al educativo que empleaba para los que recibía en su intimidad espiritual. No había en ello contradicción de doctrina, porque los casos eran muy diferentes. Para lo que ahora decimos, Giner partía de dos principios verdaderos en sociología y en educación, que las clases directoras no debían olvidar nunca, cualquiera que sea su campo: el



político, el llamado «intelectual» ú otro que reclame obra colectiva. Uno de esos principios es que estimar tan sólo para la compleja labor social las cimas y excelencias extraordinarias, despreciando todo lo demás como inútil, constituye un error que, tras producir el aislamiento en quienes lo sostienen, sustrae ó dificulta la cooperación, no ya valiosa, sino imprescindible, de innumerables elementos que tienen su lugar propio, todo lo modesto ó especial que se quiera, pero efectivo, en la obra común. Cierto que la realidad acaba siempre por burlarse de esas abstracciones y de esos exclusivismos que pretenden convertir lo que es por esencia difuso y colectivo, producto de mil pequeñas colaboraciones, en algo casi individual ó reservado á núcleos muy pequeños, que se estiman como superiores y bastantes para el propósito perseguido; pero aunque el triunfo final sea el que corresponde á la condición ineludible de las cosas, no crea menos aquella actitud, cuando procede de elementos prestigiosos, un retraso en el éxito ó un desaliento lleno de amargura ó de resquemores en los despreciados.

El otro principio lo enseña la pedagogía, advirtiéndonos *a priori*, por el razonamiento basado en la ciencia psicológica, pero más aún *a posteriori* por lo que nos enseña la experiencia, que la educación apenas crea nada (mucho menos la instrucción, por de contado) y que cada individuo tiene cualidades propias y diferentes de las de todos los otros,



EN EL CAMINO DEL GUADARRAMA  
D. Francisco Giner de los Ríos subiendo el atajo (Febrero de 1912)



que lo convierten en órgano especificado de una aptitud ó de una vocación, y que lo discreto y lo fructífero juntamente, es desarrollar esa especialidad de cada uno y aprovecharla, con olvido de todas las deficiencias que en otros órdenes presentará, de seguro, á no tratarse de individuos excepcionales. Y el educador sabe también qué utilidad cierta (y en su género insustituible) tienen para la obra social, tan compleja y necesitada de innumerables y variados concursos, las más sencillas y en apariencia insignificantes cualidades.

Por todo ello Giner no experimentaba desdén hacia nadie que con buena voluntad, con propósito sincero, se ofreciese para el trabajo que á todos nos obliga; y aun en la obra de sus contrarios en ideas hallaba un elemento respetable siempre que lo guiase el afán de acertar por su propio camino, y no el pueril é insano prurito de combatir por animosidad, buscando el puro efecto negativo de destruir lo ajeno por no ser lo propio, en vez del positivo concurso que el punto de vista y el esfuerzo de cada cual pueden traer á los fines comunes por ser humanos.

Pero en Giner había, además de esos motivos que podrían llamarse científicos, otro de índole sentimental que le llevaba con ardor y entusiasmo al aprovechamiento y estimación de todo lo útil, por pequeño que fuese y sin preocupación alguna por lo que toca á su procedencia: ese motivo era el patriótico.



Muchas gentes, fundándose en la severa censura con que Giner fustigó siempre los defectos españoles, la persistencia con que llamó la atención hacia ellos para que todos se dieran cuenta de la gravedad de los males, y el constante parangón que establecía, para acentuar más y más la diferencia, con los progresos de otros países, han creído á Giner un descastado, un mal patriota, un antiespañol. Era precisamente todo lo contrario. El empeño con que se fijaba y quería que se fijasen las gentes en los males de la patria, nació del agudo dolor que le producían, del afán por que se evitasen y de la convicción de que sólo se resuelve la criatura humana á curar sus lacerias, cuando se da cuenta de la gravedad que tienen. La noble indignación que á veces sacudía su pluma cuando de esto trataba, no iba dirigida precisamente contra el mal mismo, porque sabía bien cuánta parte sustraída á la voluntad humana, y por tanto á la responsabilidad, hay en la aparición y aun en el desarrollo de muchos defectos que, como las enfermedades, no es justo tratar con dureza reflejada sobre quien las padece, sino con misericordia para el enfermo, pero con rigor en punto al tratamiento de la enfermedad misma; se dirigía contra la ceguedad ó la confiada apatía de los que, siendo las primeras víctimas de los defectos, no se percataban de ellos ó no los remediaban por pereza, por egoísmo ó por vanidad suicida. No negaré que Giner, como todos los apóstoles, como todos los moralistas, exa-

geraba inconscientemente las tintas negras de su cuadro algunas veces (ó mejor, suprimía el claroscuro) y tendía á un pesimismo que para los desconocedores de su obra total parece equivaler á una negación completa de elementos buenos en la vida nacional; pero ese es un exceso naturalísimo en quien corrige y se preocupa de suprimir defectos, seguro de que, por acentuarlos para que todo el mundo los advierta claramente, no desaparecen las buenas cualidades y la obra positiva de los pueblos (por lo general muy presentes á la estimación de lo propio, que todos tenemos), mientras que corren grave peligro si se dejan crecer las nocivas y adueñarse del campo. Posible es, no obstante, que la repetición de la nota pesimista produjese en algunos espíritus escogidos, poco enérgicos para resistir estas pruebas, un desaliento que se sumó, por algunos años, al desaliento colectivo del pueblo español, porque este es peligro que lleva siempre en su fondo la visión persistente y acentuada de los defectos y el acuse sistemático de los errores (1); pero aun ese desaliento no es antipatriótico en sí mismo, ni actúa como tal cuando, en vez de traducirse en inacción, perdida la esperanza en la virtualidad de todo esfuerzo, no ata las manos para el trabajo, que en medio de la

(1) Este efecto psicológico lo he estudiado en dos trabajos especiales: *La psicología de la juventud en la novela moderna* (incluido en el libro *De Historia y Arte*) y *Psicología del pueblo español*.



más abrumadora melancolía sigue abriendo, en el surco de la debida labor, la más fecunda posibilidad para un mañana que nadie desespera jamás de ver amanecer en el cerrado horizonte.

Ni aun cuando más desesperó y abominó de lo presente, dejó de ser un gran patriota Giner, que deseaba para su país todo lo mejor, pero vivo en realidades, no fingido en ilusiones de la vanidad, y por eso atacaba duramente los obstáculos que retardaban su advenimiento y mataban toda iniciativa en el seno del más mortal conformismo. Por eso también tenía gran afán en descubrir, conservar é impulsar todo lo que le parecía fuerza útil para la regeneración de España, espoleando á todos, amigos y no amigos, para que diesen su parte á la obra común. Sin duda, ese afán generoso, sin exclusivismo, le engañó muchas veces, haciéndole prestar valores falsos á elementos que no contenían lo que Giner les supuso ó que encubrían, bajo una apariencia intelectual más ó menos brillante, cualidades éticas (las principales en la vida) radicalmente contrarias á las que han de fundar un porvenir mejor y á las mismas practicadas y predicadas por el maestro. Pero estas equivocaciones son patrimonio de todos los que sinceramente trabajan por una noble finalidad en la vida, en quienes hay, por propia y genuina condición, un fondo de honrada candidez en que hacen presa, por más ó menos tiempo, los simuladores y los cucos.



## VI

## El individuo, la colectividad y las «maneras»

SERÍA interminable—como inagotables eran ellos mismos—examinar uno por uno los aspectos del espíritu Giner en esta dirección social de su obra. Aun prescindiendo de lo que para ella significaban sus doctrinas jurídicas—su estimación del fondo ético del Derecho, su teoría sobre la ineficacia de las garantías y de los cambios exteriores (y por tanto, de lo que suelen llamarse revoluciones), sus ideas sobre autonomía (los *estados* jurídicos), sobre la personalidad, sobre el derecho penal, etcétera—, quedaría materia bastante para escribir un libro voluminoso con la exposición de lo que pensó y lo que hizo en



el orden de cuestiones que principalmente he ido tocando en estas páginas.

Me limitaré á llamar la atención sobre dos puntos, uno de los cuales ha sido ya iniciado con otro motivo en el presente estudio. Me refiero á la teoría de Giner acerca del valor del individuo en la obra social—en la Historia, para decirlo con término de mayor comprensión—comparado con el de la colectividad; ó para ser más exacto aún, acerca de las respectivas funciones que representan y ejercen los individuos excepcionales y la masa de todos los afectados por una determinada finalidad social. Esta cuestión, tan interesante en la Sociología y en la Historiografía modernas y tan discutida por los científicos de una y otra especialidad, no tiene solamente valor especulativo, sino también valor práctico innegable. De las diferentes resoluciones que se le den, nacen distintas políticas y distintos métodos, incluso en la investigación de la verdad (1). Giner tenía una posición que, desde cierto punto de vista, puede llamarse «democrática», pero que más propiamente se debería llamar social. Toda ella palpita en su libro de *Ensayos y fragmentos sobre la teoría de la persona social*, pero concretamente puede estudiarse, en todo lo que significa, en su mono-

(1) Estas aplicaciones y la consideración general del problema, véanse en mis *Cuestiones modernas de Historia*, capítulo II, págs. 55-81.

grafía sobre *La ciencia como función de la sociedad*, que en 1898 publicaron los *Annales de l'Institut International de Sociologie* (2). En esa monografía, Giner parte de la distinción, ya comúnmente aceptada, entre las dos formas de la actividad de los seres—la *difusa* y la *concreta*, ó especificada, de los órganos diferenciados—, y estudia la concurrencia de los especialistas y del todo social en la obra científica, apoyándose en los trabajos de Fouilleé, De Greef, Gumplowicz, Fairbanks, Kidd, Worms, Le Bon, y sobre todo, Tarde y Schäfle, á los que añade observaciones propias de grandísimo valor.

Creo que todos los sociólogos—y los políticos también—hallarán no pocos motivos de meditación en estas páginas, cuyo principal efecto en la vida puede ser la estimación del consenso de la colectividad en mayor medida y con más respeto de como hasta ahora ha solido hacerse, y la convicción de la necesidad (de la «utilidad general», si se quieren mirar las cosas desde este punto de vista) de acudir á la cultura cada vez más intensa y extensa de la masa, considerada como el órgano difuso, que diríamos, de la obra colectiva, imprescindible en ésta y de peso decisivo en los grandes momentos.

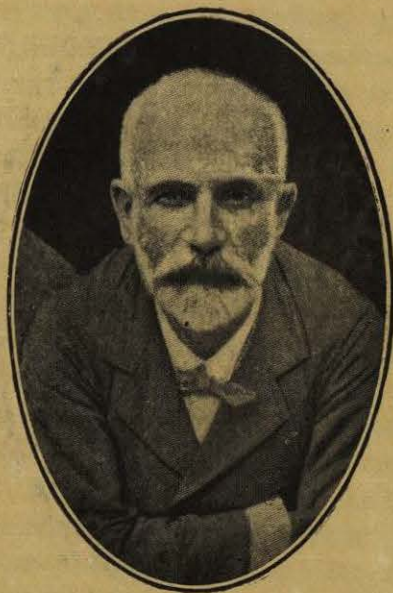
(2) *La science comme fonction de la société*. Es un extracto del trabajo extenso escrito en castellano y publicado en el *Boletín de la Institución*, tomo XXIII (1899).



El otro punto es el que se refiere á la importancia de las «maneras» en la vida social. La doctrina de Giner á este propósito se encuentra en los artículos que escribió en 1879 comentando otro de Spencer sobre *Las maneras y la moda* (1), pero sus discípulos la estaban recibiendo á cada instante, concretamente, en las observaciones y amonestaciones del maestro tocante á la mayoría de sus actos de relación social y de propia ordenación de vida. Esa constante preocupación de Giner en cuanto á las buenas maneras, procedía del alto y profundo concepto que de ellas tuvo, arrancándolas de la esfera frecuentemente superficial en que suelen colocarlas la cortesanía al uso y los tratados de urbanidad que de memoria aprenden los muchachos en las escuelas, sin que la mayoría de las veces les sea dado contemplar el menor ejemplo de las máximas en el proceder de los maestros.

El concepto de Spencer que discutió Giner, es mucho más limitado y estrecho. Giner vió todo su alcance, y á la vez toda su trascendencia para la vida. «En primer lugar—escribe—las buenas maneras, en el sentido específico y técnico (que se podía decir) de la palabra, se refieren á la vida exterior de la persona, á aquellos actos por donde se revela, mediante la conjunción de lo interno y lo

(1) *Spencer y las buenas maneras*. (Reimpreso en el tomo de *Estudios sobre educación*, vol. 26 de la «Biblioteca económica filosófica», Madrid, 1886, págs. 144 á 197.



GINER DE LOS RÍOS EN 1892



físico, de lo invisible y lo visible, del espíritu y el cuerpo: carácter que probablemente es el que ha inducido á Mr. Spencer á referir esta idea á las relaciones sociales, lo cual vimos ya que no es enteramente exacto. La voz, el gesto, el ademán, la actitud, el modo de andar y de estar parado, caen bajo la jurisdicción de las maneras, con todos los restantes órdenes análogos en donde se manifiesta la personalidad de un modo sensible: así en los actos usuales de la vida diaria como en los momentos más solemnes, pues en todo mostramos buenas ó malas maneras. En otros términos: tan luego como ejercitamos los miembros para servir á los fines de la vida, sean cuales fueren, nos hallamos sometidos á la ley de las buenas maneras; debiendo tener en cuenta que, entre nuestras fuerzas físicas, sólo caen dentro de este orden aquellas cuyas manifestaciones regimos por medio de la voluntad... Tales son, en especial, las antes citadas: por ejemplo, la voz, en su altura, fuerza y timbre (hasta donde este último depende de nosotros), la gesticulación, el ademán, etc.»

Pero Giner no se quedaba en este *exteriorismo*, que fácilmente llevaría á muchas personas hacia el cuidado de sólo lo que ven los demás. Él mismo lo advirtió al escribir: «La teoría de Mr. Spencer podría autorizar, mal entendida, la de esas gentes que cuando nadie las ve no se lavan, ni se mudan de camisa y comen «con toda libertad», que suelen decir ellos. Teorías por cierto muy en boga en los



pueblos atrasados, donde el dinero que haría falta para una vida confortable se guarda para las cosas de visualidad y aparato: desde las corporaciones docentes, que gastan en ostentosos paraninfos, frecuente sonrojo del arte, lo que economizan en libros y otros medios de enseñanza, hasta los particulares, que encargan á Prévot el mobiliario de sus salones y á cualquier bodegón el *menú* de su mesa. Pensaba, pues, el maestro, y con razón, que hay «buenas maneras» para con nosotros mismos, es decir, que no sólo corresponden aquéllas al orden de los deberes para con los demás, sino también á los que nos obligan en cuanto á nuestra propia persona, y que esa especie de conducta interna en la vida individual, irradia en delicadeza, dignidad y finura hacia el exterior, reflejándose en las maneras sociales. Aun éstas alcanzan muchas más direcciones de vida de las que ordinariamente suelen incluirse en tal denominación; así Giner trata, á este respecto, de las diversiones y de las maneras de divertirse, mostrando cómo en ellas se da á conocer el gusto (es decir, el sentido estético), la cultura y la delicadeza ó la grosería de alma de las gentes; cosa que nuestro refranero dice de un modo parcial, pero exacto, al sentenciar que «en la mesa y en el juego se conoce al caballero».

Todavía más importancia que la definición de las maneras y la determinación de los actos que comprenden, alcanza en la doctrina de Giner el examen de la trascendencia social de aquéllas:

trascendencia que las liga á lo más hondo de la educación y á lo más fecundo de la conducta. Por de pronto, las maneras ajenas—las de los hombres que forman nuestro círculo social y por ello más contacto tienen con nosotros—influyen poderosamente sobre las nuestras, y por tanto las nuestras sobre las de los demás, en esa constante reeducación que mutuamente nos causamos. «Recuérdese—escribe Giner—que no ya en la educación del niño, sino en la de los hombres de todas las edades, esta acción, que podría decirse de fuera adentro, es *la única* mediante la cual puede estimular un individuo la reforma interior de otros; y considérese en particular hasta qué punto el aseo, la compostura exterior en la voz, el ademán y el gesto, el cuidado en todo cuanto se refiere á la manifestación de nuestro ser, son influjos de los más poderosos para aquella reforma, cuyo ritmo acaba por responder al que á dichas manifestaciones imponemos.» Y refiriéndose á la diferencia que en este punto de las maneras separa tradicionalmente las clases sociales tomadas en conjunto (puesto que excepciones individuales las hay á cada paso), Giner, tan demócrata en su doctrina política, y á la vez tan refinado (pero no en el sentido exclusivista, que mantiene las diferencias como estigmas de clase, sino en el del educador que busca nivelar hacia arriba, es decir, en lo perfecto, á todos), añade: «Toda repentina irrupción del elemento popular en las esferas superiores sociales, y



señaladamente en el poder político, que es donde son más rápidas, porque es tal vez la única cúspide social adonde todavía se llega á viva fuerza—como se llegaba á la riqueza en otros tiempos—, va acompañada de una explosión de odio contra las buenas maneras, de una apoteosis de la grosería y de un gusto plebeyo é innoble, eterno compañero de las demagogias triunfantes. Verdad es que, poco á poco, las necesidades de la vida, el hábito del mando, el roce con las otras clases, la torpe vanidad de los que se afanan por imitar sus despilfarros, sin su distinción y cortesía—sobre todo después que, refrenada la primera embriaguez de la victoria, satisfechos el espíritu de rivalidad y la codicia, va cediendo el primitivo encono y entrando el espíritu en más humanos y razonables sentimientos—, dulcifican el contraste entre las nuevas clases gobernantes y las antiguas, con las cuales acaban á la larga por fundirse. Pero esta gradual y lenta aproximación no logra reparar tantas faltas como comprometen la suerte de las revoluciones (ya harto comprometidas por su propia naturaleza), ridiculizan y desprestigian su triunfo, y alejan violentamente de las nuevas ideas á individuos y masas enteras, que no son siempre responsables de su corta educación intelectual y política, merced á la cual se representan como inseparables la grosería y aquellas ideas á que en mal hora acompañan.»

He citado este párrafo para mostrar el alcance

que, en el sentir de Giner (y no lo califico de exageración), tienen las maneras, mucho más trascendentes en el orden social de lo que de ordinario se supone.

Se comprenderá con esto el cuidado que Giner puso en educar las maneras de sus discípulos y que este sea uno de los extremos á que la Institución Libre atiende preferentemente, señalando una de sus originalidades en la educación nacional. Giner, como en tantas otras cosas á que su influencia se extendía, tuvo en favor de ésta el ser él un modelo de lo que deseaba infundir en los otros. La extrema modestia de su vida—desde el vestir hasta la alcoba y cuarto de estudio, casi cenobítico á fuerza de ser sencillo y pobre—no excluía, sino que realzaba la pulcritud, la nobleza, la distinción de su persona, que en aquel marco de sencillez, y bajo aquellas ropas baratas y limpiísimas, tomaban el relieve de lo que emana de lo más hondo del espíritu, y es en la conducta cosa natural y sin esfuerzo, expresión externa de una suprema dignidad humana. No creía Giner incompatibles estas cualidades con la riqueza ó con mayor holgura de vida de la que él se procuraba por espontánea inclinación á que le conducía el estimar que otras necesidades propias y ajenas, sobre todo ajenas, pedían mayor esfuerzo económico; y por eso, lejos de ser un hosco censor de la elegancia y del lujo (cuando el lujo se entiende como es debido, y también de eso habló Giner), se interesaba por estas manifestaciones de vida social,



á las que pedía tan sólo que estuviesen iluminadas por el sentido estético y el de las responsabilidades económicas que cada cual tiene en la vida, no sólo respecto de «los suyos», de su familia, sino de los menos felices en la distribución de bienes materiales.



## VII

### Conclusión

**E**SE era, en algunos de los aspectos fundamentales de su vida, de su doctrina y de su influencia, el hombre que hemos perdido. Educador, maestro (en el más elevado sentido de la palabra) por condiciones naturales de su espíritu, por grandeza y dulzura de corazón, siempre dispuesto á confiar en los resortes morales de la persona (á diferencia de quienes fundan todo su sistema y todo su proceder en el recelo y en las garantías exteriores), tenía Giner todo lo que hace falta para impresionar hondamente los espíritus y para inspirar la seguridad de que su guía era algo fuerte, cuya huella no se borraría nunca y acom-